

# Izquierda en la Hora Neoliberal

- ★ Resurge Nueva, Casi sin Dogmas y con Imaginación
- ★ Ahora ya no Existe un Programa Bueno Para Todos
- ★ Pasó a Mejor Vida la Dictadura del Proletariado

LORENZO MEYER

El mejor indicador de que Jorge G. Castañeda le ha pegado al autoritarismo mexicano en las partes blandas, es precisamente la campaña de desprestigio que se ha desatado en su contra. No es la primera vez que le sucede y, me temo, tampoco la última.

Para aquel lector que desee conocer mejor a este autor y activista, lo más adecuado es acudir directamente a su obra. Y justamente acaba de aparecer, simultáneamente en español e inglés, su último libro. Se trata de una obra sustantiva, tanto en extensión (566 páginas) como en contenido, llena de datos, análisis y juicios, pero de una fácil lectura sorprendente. Se trata de *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina* (Mortiz, 1993).

El punto de partida de la obra es claro: la vieja izquierda, la que veía en la URSS a la "patria del

SIGUE EN LA PAGINA VEINTISIETE

Sigue de la primera plana  
socialismo", y que no daba paso sin ampararse en algún pasaje de "El Capital", de "Materialismo y Empiriocriticismo" o de las obras completas de Stalin o Mao, esa izquierda, no existe ya o lo que de ella queda no tiene futuro. Sin embargo, su lugar lo está ocupando otra izquierda, nueva, sin dogmas o casi, flexible y con algo que cada vez le será más útil: imaginación. Esta izquierda está surgiendo, afirma Castañeda, porque el triunfo del neoliberalismo no ha erradicado las causas que permitieron la irrupción original de la izquierda en el escenario latinoamericano. "Hoy la pobreza, la injusticia, las abismales disparidades sociales arquetípicas, así como la violencia cotidiana y abrumadora, se erigen de nuevo en realidades incontornables en la región".

La utopía desarmada arranca de esta premisa: "La guerra fría ha terminado y el bloque socialista se derrumbó. Los Estados Unidos y el capitalismo triunfaron. Y quizá en ninguna parte ese triunfo se antoja tan claro y contundente como en América Latina". Pero resulta que esta América Latina es demasiado pobre y diferente del Occidente neoliberal y rico, como para suponer que pueda incorporarse ya al mundo postmoderno y post izquierda-derecha. De la misma manera que la construcción del capitalismo latinoamericano siguió una ruta muy diferente —y accidentada— respecto del capitalismo original, así

también la construcción de la modernidad tendrá que darse de manera diferente... y nada fácil. Es posible que en Estados Unidos, Alemania o Japón, el binomio izquierda y derecha haya perdido mucho o todo su sentido, pero en la América Latina de fines del siglo XX, ese sentido se mantiene.

En el caso concreto de nuestro país, Castañeda cita a Paco Ignacio Taibo II: "El hecho de que la revolución sea imposible no la hace moralmente menos necesaria, ni menos urgentes las razones para la revuelta, incluso sin una alternativa. El PRI sigue siendo una mierda y el país que propone es todavía una mezcla de miseria económica para muchos, de miseria social para la mayoría, y de miseria moral para todos". Las últimas cifras del INEGI parecen dar la razón al autor de esas líneas. Según ese brazo informático de gobierno, hoy nada más quedan 13.6 millones de mexicanos que viven en la "pobreza extrema" y 23.6 millones más, que son simplemente pobres; en total, 40% de la población (EXCELSIOR, 25 de octubre). Al lado de estas cifras están las otras, las del neoliberalismo: los trece multimillonarios en dólares de los que nos hablan Fortune o Forbes: Emilio Azcárraga (5,100 millones de dólares), Carlos Slim (3,700 millones de dólares), Jerónimo Arango (1,100 millones de dólares), etcétera. Así pues, ni duda que en nuestro país subsisten razones materiales y morales para seguir hablando

de derecha e izquierda. Lo mismo pasa en todo el resto del subcontinente latinoamericano.

La izquierda que fue y que ya casi no es, estuvo y está llena de contradicciones; la crítica de Castañeda en este campo es a fondo y sin concesiones. Con un notable conocimiento del detalle y del panorama general, el autor pinta vivos retratos individuales y de conjunto, de los comunistas y sus partidos, de guerrilleros y de sus movimientos urbanos y rurales, de los aparatos de inteligencia de Cuba y Nicaragua, de los populismos encabezados por Lázaro Cárdenas, Juan Domingo Perón, Getulio Vargas o Víctor Raúl Haya de la Torre, etcétera. Los describe, los explica y los somete a juicio severo. Ahí están mezclados actos de innegable altruismo con demagogia, solidaridad internacional con pugnas por dineros de legitimidad dudosa, aciertos políticos y equivocaciones mayúsculas. En cualquier caso, en esta izquierda que ya pasó o está a punto de pasar, hay un elemento que no es una variable sino una constante: el autoritarismo y esa herencia no se debe de tomar.

Con altas y bajas, con pros y contras, la vieja izquierda dejó su marca en todo lo que es digno de ser recordado: en su arte, sus universidades, sus organizaciones y luchas obreras y campesinas, sus sistemas educativos y de seguridad social, su folclor, su nacionalismo, antiimperialismo y los tremendos esfuerzos

de construcción nacional. Pero esa es la izquierda que fue, la vieja. La izquierda que es y, sobre todo, la que puede ser, es distinta y tiene que seguir siéndolo. Para empezar es notablemente amplia y heterogénea, menos autoritaria o francamente autoritaria y con muy pocos dogmas. La forman lo mismo organizaciones políticas que movimientos sociales. Se trata tanto de las comunidades eclesiales de base en Brasil o México, como de los movimientos de colonos de Lima, las Madres de la Plaza de Mayo de Argentina, las Organizaciones Económicas Populares de Chile y el resto de los centenares de organizaciones no gubernamentales que han surgido y seguirán surgiendo; ahí están también el PRD en México o el PT en Brasil. En resumen, a esa izquierda pertenecen todos los inconformes con el status quo y todos los que se esfuerzan por lograr el cambio hacia la democracia, la justicia y la redistribución.

Esta nueva izquierda ya no tiene una patria, sino muchas, tantas como países y circunstancias latinoamericanas existen. No hay una "internacional" cuyos dirigentes impongan programas prefabricados, pero las izquierdas necesitan de programas para ser efectivas; les urge "concebir una alternativa a la vez viable y realmente distinta al status quo". La nueva izquierda requiere de un programa para enfrentar a sus enemigos históricos; "la ofensa moral que representan la pobreza, la in-

justicia, el abandono y la opresión".

Ahora bien, en la época del post comunismo, ya no hay una receta específica, un programa bueno para todos. En un entorno donde el dogma es rechazado, la izquierda de fin de siglo debe aceptar como base de su acción un imperativo: la democracia política. Es este punto que debe de unificar y diferenciar a la nueva izquierda de su antecesora. En el nuevo esquema no debe haber lugar para "dictaduras del proletariado" ni para suponer como todavía les ocurría a los comandantes sandinistas, que una vez tomado el poder, éste seguía suyo para siempre. Es verdad que la nueva izquierda debe ser más que una lucha por la democracia política, pero nunca deberá ser menos que eso. Una de sus tareas, aquí y ahora, es democratizar la imperfecta democracia que hoy viven la mayoría de los países latinoamericanos, reformar verdaderamente al Estado y hacerlo lo que aún no es: responsable y efectivo.

Una y otra vez se ha dicho que en esta época de un solo paradigma —el capitalismo neoliberal—, la izquierda carece de programa. Jorge Castañeda acepta el reto. El punto de partida es que el proyecto deberá ser distinto al status quo pero viable, realista. El autor propone entonces tres pilares que pueden servir de base a múltiples formas específicas de programa. El primero consiste en reconocer, para materializarlas, las diferencias y aprovechar las economías y mo-

delos de mercado que hoy existen. No es lo mismo, insiste, el neoliberalismo norteamericano, que el europeo, comprometido con una economía social de mercado, que el japonés, con una relación empresa-sociedad-Estado muy distinta a la del resto. La izquierda debe reconocer las diferencias y aprovecharlas.

El segundo pilar deberá ser el uso inteligente de la mayor influencia que pueden brindar los cambios en la situación internacional, pues hoy es claro que la globalización de los flujos económicos conlleva la globalización de las consecuencias de la pobreza del Tercer Mundo. Esto es particularmente claro en el caso de la relación de México con Estados Unidos; hoy, por ejemplo, la "Operación Intercepción" que ha puesto en marcha Estados Unidos en la frontera de Texas, con México, busca disminuir el flujo de trabajadores mexicanos indocumentados para aislar a la sociedad norteamericana de los efectos negativos de la pobreza de su vecino del sur. Sin embargo, es difícil que logre su objetivo. La izquierda debe de ligar su lucha contra la pobreza y el atraso latinoamericano,

al temor e interés de los países centrales. Debe insistir en que la globalización no es sólo del capital, lo es también de la miseria, y globalmente se debe combatir.

Finalmente, el tercer pilar: las políticas conservadoras puestas en práctica en América Latina para resolver el problema de la deuda y la reestructuración de la economía, han ensanchado de tal manera la brecha entre ricos y pobres "que es de nuevo imaginable un estallido social". En realidad, los estallidos ya han estado ocurriendo, desde los motines populares en Venezuela, pasando por la invasión masiva de las playas de Río de Janeiro por jóvenes favelados, hasta llegar a las impresionantes acciones terroristas de "Sendero Luminoso" en Perú. Es el temor a este tipo de violencia, donde la nueva izquierda puede encontrar la palanca para forzar la voluntad de los neoliberales triunfadores y hacerles aceptar una reforma distributiva, es decir, un mal menor.

Estas bases generales para un proyecto político de izquierda son eso, ideas generales, meras posibilidades. En la nueva situa-

ción no hay caminos únicos ni ortodoxias teóricas. Una de las características de la izquierda de fin de siglo tiene que ser la libertad de imaginar propuestas y soluciones a los problemas concretos, a las peculiaridades nacionales, y nunca dejar de ser crítica consigo misma. El problema central del futuro inmediato, y no sólo de la izquierda sino de la sociedad latinoamericana en su conjunto, consiste en encontrar la respuesta al reto que supone, por un lado, lograr un crecimiento económico sostenido, y por otro, llevar a cabo una redistribución de la riqueza sin desalentar la inventiva y productividad propias de las economías de mercado.

Por derecho propio, Jorge Castañeda es hoy uno de los representantes más conspicuos de la nueva izquierda que describe, analiza, critica y propone. Fiel a su proyecto, ataca una y otra vez —de manera bastante efectiva, y lo mismo aquí que en América Latina, Estados Unidos o Europa—, a la antidemocracia del sistema mexicano de partido de Estado. Esa es, finalmente, la razón de la campaña de desprestigio en su contra. Es una buena razón.